

# Identidad ambiental y transición digital

José Gutiérrez Pérez<sup>6</sup>

## Resumen

En el muestrario antrópico de nuestra era contemporánea encontramos y convivimos con una amalgama heterogénea de perfiles de sujetos ecológicos dotados de identidades ambientales individuales y colectivas mediadas en distinto grado por el vector tecnológico. Entre otras, podemos diferenciar la “Generación Z” de la “Generación Greta”, que también incorpora al ADN de su hacer las tecnologías, junto a otros perfiles que simplemente las instrumentalizan, como uno más de los muchos arsenales estériles de entretenimiento vacío con los que nos idiotiza ese presente ausente de lo que Bauman (2006) llama desde hace rato “sociedad líquida” de nuestro tiempo.

**Palabras clave:** identidad ambiental, sujeto ecológico, transición digital, narrativas virtuales.

## Abstract

In the anthropic sample of our contemporary era, we find and coexist with a heterogeneous amalgam of ecological subject profiles endowed with individual and collective environmental identities which are mediated to varying degrees by the technological vector. Among others, we can differentiate ‘Generation Z’ from ‘Generation Greta’, which also incorporates technologies into the DNA of their actions, along with other profiles that simply instrumentalise them, as one more of the many sterile arsenals of empty entertainment with which we are idiotised by the absent present of what Bauman (2006) has long been calling the ‘liquid society’ of our time.

**Keywords:** environmental identity, ecological subject, digital transition, virtual narratives.

---

6 Catedrático del Departamento de Métodos de Investigación y Diagnóstico en Educación. Universidad de Granada (España). Correo electrónico: jguti@ugr.es

## Introducción

El impacto de las narrativas virtuales como herramientas de deconstrucción de un sujeto ecológico zarandeado por la emergencia del cambio climático y en tránsito de la modernidad a la posmodernidad, viene envuelto por el ruido de fondo que generan fenómenos inéditos como el de las *fake news* y la era de la posverdad. Un sujeto ecológico que usa y desecha instrumentos tecnológicos en función del progreso y, con mayor o menor grado de pericia y *expertise*, los trastea, moldea y perfecciona a su antojo, apropiándose de su potencial transformador para ponerlos al servicio de finalidades de distinta naturaleza; ya sean profesionales, lúdico-recreativas; comerciales, individuales o colectivas; científicas o sociales que van más allá del interés intrínseco de conocer, explicar y describir para interesarse, a su vez, por transformar y cambiar realidades socioambientales.

Nos encontramos ante un sujeto ecológico que al interactuar con sus pares, con inéditos elementos virtuales y diferente propósito: analiza, debate, reconoce limitaciones, deconstruye y reprograma lo anteriormente diseñado a la luz de lo que hay de nuevo ahora, para hacer balance histórico sobre lo hecho y avanzar hacia propuestas futuras más creativas, menos miopes y más elaboradas, que superen y mejoren las inconsistencias pretéritas acercando y elevando todo lo posible nuestras categorías de producción a la medida más alta de un “estándar” compartido por una comunidad de práctica científica, en función de los niveles de exigencia de cada colectivo de expertos del campo. Umbral de referencia.

Las dinámicas del conocimiento ambiental conllevan también procesos no inocentes de visibilidad, accesibilidad y hegemonía conceptual dignos de ser considerados. Definir algunos criterios para una lectura histórico-electrónica del presente puede ser útil para fotografiar cómo se nos ve y cómo se pretende que se nos vea en estos nuevos medios de difusión de la información. A lo largo del texto nos preguntamos en qué medida constituyen los educadores ambientales del siglo XXI un nuevo sujeto histórico susceptible de desplegar de forma contundente cambios históricos globales y duraderos capaces de transformar el sistema social y ambiental desde la acción colectiva. (Gutiérrez-Pérez, 2010, p. 129)

## Sujeto ecológico

Conscientes de que los grandes desafíos de nuestro siglo serán de naturaleza global, nos preguntamos con Harari (2019): ¿qué ocurrirá cuando el cambio climático genere catástrofes ecológicas? ¿Qué ocurrirá cuando los ordenadores superen a los humanos cada vez en más tareas y los sustituyan en un número

creciente de empleos? ¿Qué ocurrirá cuando la biotecnología nos permita mejorar a los humanos y alargar la duración de la vida? Todos estos desafíos nos harán más interdependientes y nos obligarán a reprogramar los rasgos de nuestras señas de identidad ambiental, en cuanto sujetos ecológicos en tránsito marcados por el vector de la tecnología.

El sujeto histórico, en términos de materialismo histórico sería aquel sujeto ecológico construido como un patrón abstracto, como un ente humano con capacidad de transformación y de cambio. Este sujeto usa su energía, su creatividad, su pensamiento, sus conocimientos y alianzas como medios para tratar de cambiarlos. Frente a esa idea clásica de determinismo histórico, que lo que postula es un desenlace fatídico de la historia, el materialismo histórico tiene una visión más esperanzadora, no por menos sufrida, y confía en la capacidad transformadora de un sujeto activo, de sujeto crítico, dotado de conciencia colectiva y de poder transformador y de cambio (Gutiérrez, 2011).

[...] el concepto de sujeto histórico hace referencia a una articulación históricamente determinada y constitutiva de sujetos sociales, políticos y culturales específicos que, en función del estado actual y futuro previsible del desarrollo del sistema de dominación imperante, logra poner bajo su articulación y en función del proyecto histórico que da sentido a su propia articulación, tanto a los sujetos con intereses y proyectos contrapuestos, como a las corrientes y tendencias espontáneas que resultan de la compleja combinación de proyectos y visiones de sentidos diversos. [...] El sujeto histórico (ecológico), no es por eso un ente homogéneo, sino que está compuesto por la rica y compleja diversidad que genera la vida social y política, pero que confluyen temporal y parcialmente en un proyecto, en una plataforma, en un punto de acuerdos. Sus componentes, por tanto, están condicionados por la dinámica de la propia realidad de la que forma parte cada actor y el sujeto histórico en su conjunto. (Rodríguez, 2006, s. p.)

Las identidades se construyen en la colectividad, indudablemente; desde una conciencia de pertenencia a un grupo, compartiendo valores como visiones, ideales, ideologías y emociones positivas y negativas. Bajo unas señas culturales, bajo símbolos, sobre imaginarios, sobre representaciones comunes en las que el lenguaje, la escritura y también los medios tecnológicos al alcance del ser humano en ese momento histórico, ayudan y tienen un papel esencial en ese proceso de transformar la realidad. Las identidades se definen más por conflictos y dilemas compartidos que por acuerdos y similitudes (Harari, 2019).

Los ecólogos dicen que con el origen del sedentarismo y con la llegada de la agricultura surge una nueva etapa que delimita un hito en la historia del ser humano y de su identidad individual y colectiva. Es en esta primera fase ecológica

de cazadores recolectores donde los textos históricos hablan de más de cincuenta mil generaciones. Si buscamos otra frontera, otro hito, sería pues no más allá de ocho generaciones atrás, donde la fase ecológica viene determinada por la sociedad de la alta energía y en el medio podríamos tener cuatrocientas generaciones atrás. Esta fase ecológica de la alta energía apenas se limita a nuestro tatarabuelo o los tatarabuelos de nuestros tatarabuelos que serían la octava generación. Es decir, pensar sobre cómo el despegue exponencial que hemos tenido, en apenas ocho generaciones, ha sido abismal en lo que refiere a la evolución del ser humano a lo largo de esta identidad en la historia. El relato científico se ha convertido en un poderoso instrumento de globalización de la identidad ambiental de las sociedades avanzadas.

El mundo de principios del siglo XXI ha ido mucho más allá de formar vínculos entre grupos diferentes. En todo el globo, las personas no solo están en contacto entre sí, sino que comparten cada vez más creencias y prácticas idénticas. (Harari, 2019, p. 122)

Hace mil años, cada cultura tenía su propio relato del universo y de los ingredientes fundamentales del caldo cósmico. En la actualidad, las personas cultas de todo el mundo creen exactamente las mismas cosas sobre la materia, la energía, el tiempo y el espacio. (Harari, 2019, p. 129)

Es evidente que la sociedad que habitamos no tiene nada que ver con la de hace apenas unas generaciones, y multitud de apelaciones a cambios circunstanciales la diferencian, ya sea por la transitoriedad o por la perdurabilidad de algunos de esos cambios. Cambios que, de alguna manera, en algún momento, podemos llamarlos efímeros, ocasionales o cambios que tienen mayor efecto de resistencia, y que por eso determinan identidades más estables con el paso del tiempo. Esto ha llevado, especialmente al ámbito académico, a ponerle nombre y adjetivar al ser humano con distintas categorías y etiquetas que nos hacen pensar en él como un ente con una serie de características. En todo ello, la tecnología siempre ha tenido el principal papel en esa adjetivación; y esto nos conduce en los últimos años a considerar una serie de categorías más allá del *homo sapiens* o de todos los *homos* antecesores que hemos tenido al *homo digitalis*; nos lleva al *homo ciberneticus*, al *homo virtualis*, al *homo tecnologicus* u otros adjetivos que se nos van ocurriendo con el paso del tiempo. Y todo ello, pues son variantes armónicas de una misma melodía escrita e interpretada con la tecnología como elemento mediador de todo ello.

Posiblemente, podríamos afirmar que la tecnología ha sido el vector más poderoso que condiciona nuestra vida, ensanchada a lo largo de toda la etapa y período de la historia, y eso ha permitido que hayamos podido ir, incluso,

modelando nuestra propia manera de entender el mundo a través de la tecnología. Probablemente, la sociedad salvaje del Pacífico que nos describía Malinowski, el *homo naturalis*, era un ser desnudo, desconectado que aspiraba a ser un argonauta de su proyecto de vida futuro. ¿Cómo? Pues simplemente acopiando de forma progresiva más y más artefactos tecnológicos de distinto tipo: huesos, piedras, enseres que de alguna manera le permitían ir construyendo identidades personales o colectivas para la pesca, para la caza, para la huida; para variadas actividades de su vida humana.

En la sociedad de consumo —en el momento en el que estamos en estas últimas ocho generaciones— especialmente, y de la información, ese *homo consumus* sale de caza y pesca desesperadas, buscando sitios webs de interés, buscando lugares dónde conectarse a Internet, o bien para jugar, para comunicarse, o bien para ver fotos, para leer *tweets*, para buscar pareja, para comprar barato o para practicar ciberactivismo ambiental.

El sujeto ecológico no es un ente homogéneo como reconoce Isabel de Moura (2006), hablamos de un sujeto ecológico heterogéneo, compuesto de complejidad. Y esa complejidad se la dan la cantidad de interacciones y representaciones idealizadas, en algunos casos, comunes y en otros casos, contradictorias, que son las que permiten generar evolución, vida social y vida política ligada a un contexto territorial concreto o bien transfronterizo; y esta sería otra de las novedades de esta era de la narrativa virtual: el término “trans” en todos los sentidos y dimensiones contemporáneas. Las coordenadas de este sujeto, pues, confluyen temporal y parcialmente en proyectos de mundo, en cosmovisiones, alineadas o contradictorias, que van cambiando a lo largo del tiempo. Y es en ese contexto donde la educación ambiental (EA) representa, al mismo tiempo, una crítica y una alternativa. Una crítica distópica hacia aquellas cosas que no nos gustan, más que aquello que queremos cambiar; y una crítica optimista e ilusionada que trata de construir nuevos mundos posibles. Pero esa crítica y esa alternativa no se limitan al espacio educativo; se amplían al ámbito económico, social, cultural, así como a la forma de hacer política, de hacer ciencia, de hacer arte.

La definición del sujeto histórico-ecológico solo es posible en función de la idea de cambio socioecológico, de un cambio de estructura de dominación. Y en el contexto de la sociedad contemporánea, ese sujeto histórico se define y se moviliza social y políticamente en función de la postura cultural, política e ideológica contraria a un sistema globalizador, hegemónico, capitalista, neocolonialista y que trata de reducir al máximo o influir en los principios de los actores y de esos sujetos. Aquí es donde encontraríamos a esas fuerzas contradictorias: lo que sería el sujeto ecológico de esa estructura global y lo que sería el sujeto ecológico de distinto grupo que tiene una visión de cambio alternativo, de una

nueva sociedad orientada a la transición energética, en la que lo natural está por encima de lo humano desde una visión más ecocéntrica.

## **Educación ambiental e identidad ambiental**

La EA no es ajena al devenir histórico ni a todas estas dinámicas que, en términos sociológicos, filosóficos y económicos, no dejan de ser una visión aportada por el marxismo: la idea de la dinámica de la estructura y de la superestructura y la capacidad del ser humano y de los colectivos para cambiar esa estructura. En su corto ciclo de vida, la EA ha sufrido intensos procesos de cambio de distinta naturaleza que han afectado a sus fines, a su metodología y a su forma de conceptualizar. También todo ello ha afectado a la investigación sobre la EA, y esto ha traído consigo cambios en ese rol de identidad del sector de lo ambiental y también muchas metamorfosis. Lo anterior también ha impactado no solo en el sector pegado a la realidad, sino también en el sector que investiga. Esto lo decía ya Foucault a mediados del siglo pasado. Y es que los discursos se desarrollan en la dimensión de una historia general, son reflejo de las instituciones, de los procesos económicos y de las relaciones sociales. Revelan el nivel singular en que la historia da lugar a tipos definidos de discurso, a identidades concretas de sujetos ecológicos que tienen sus propios tipos de historicidad y que se relacionan con todo un conjunto de relatos y de narración.

Cada etapa histórica va a generar sus propios avatares. En los términos que entendemos en este momento, la idea de avatar va a suscitar sus diferentes “yos”, y eso está ligado a argumentos, al lenguaje y al tipo de discurso. Y ese tipo, todo ese, ese conjunto de elementos se refleja en los programas y en las actividades, y en los intereses, y en los propósitos, tanto de los programas como de los investigadores del campo. Los investigadores tenemos la responsabilidad de contextualizar esos acontecimientos, y esa es nuestra función. Pero nuestra función en el campo de la EA va mucho más allá de construir y reconstruir estas microhistorias, porque nuestra finalidad esencial es producir cambios. De ahí que hay determinadas categorías de investigación que podríamos o deberíamos desechar si no tienen compromiso con el cambio.

La identidad ambiental se entiende como un “constructo conformado, a la vez, por factores racionales (cognitivos) y no racionales (emotivos y afectivos), donde los valores personales y profesionales están en el núcleo que, a su vez, se expresa en la motivación, actitud y compromiso” (Bolívar, 2007, p. 14). Se trata de un conjunto de necesidades, valores, experiencias, sentimientos y habilidades que se forman a lo largo de la experiencia personal y profesional de cada uno y cada una, creando dicho sentido de identidad. Susan Clayton (2003) fue la primera investigadora en proponer el concepto de identidad ambiental,

entendido como el sentido de conexión o apego emocional que muestra un individuo con el medioambiente y que se manifiesta en la forma en que valora, respeta y actúa ante su entorno. La identidad ambiental es portadora de una dimensión de identidad colectiva, en el sentido en que proporciona vínculos de conexión y pertenencia a una entidad o grupo que es más grande que uno mismo y se acompaña de motivación para actuar en nombre de ese referente, grupo, asociación, partido o comunidad (Gallay *et al.*, 2021).

No es sorprendente que una identidad ambiental esté positivamente relacionada con el tiempo pasado en la naturaleza, y la investigación ha documentado ampliamente el papel formativo de experiencias tempranas con la naturaleza en el fomento de una identificación y afinidad con lo natural mundo. Si bien más recientemente el campo de la investigación de la identidad ambiental se ensancha al considerar los espacios virtuales como escenarios ecológicos de interacción humana mediados por la tecnología en formatos no presenciales que trastocan y reformatean el concepto de identidad ambiental (Reyes, 2020) y exigen plantear la identidad ambiental buscando conexiones con los temas de justicia social (Poma y Gravante, 2018), activismo alimentario (Gravante, 2019), justicia global (Della Porta, 2007), protesta ambiental (Gravante, 2015) y movilización climática (Devine-Wright y Batel, 2017; De Moor *et al.*, 2020; Poma y Gravante, 2020) expande la noción y los caminos hacia la construcción y deconstrucción de la identidad ambiental y las motivaciones subyacentes.

Una línea de estudios contemporánea sobre la construcción de la identidad ambiental de acción colectiva analiza la construcción de la identidad ambiental (Carmona *et al.*, 2019; Carmona *et al.*, 2021), donde las acciones colectivas ambientales suponen un ingrediente esencial de la construcción de la identidad, tomando como base sus diferentes finalidades (la movilización de recursos, las actividades de coordinación y el intercambio de información) y tipologías que pueden abarcar: participar en manifestaciones, campañas y protestas, firmar peticiones de políticas en favor de alguna causa socioambiental, participar en programas de grupos ecológicos y formar parte de grupos virtuales y redes sociales que comparten propósitos de denuncia y ciberactivismo ambiental. Para Alisat y Riemer (2015, p. 13) las acciones colectivas ambientales son “comportamientos cívicos conscientes e intencionales que se focalizan sobre las causas sistémicas de los problemas ambientales”, diferenciando acciones colectivas según el grado de implicación política, distinguiendo aquellas en las que la persona asume un papel exclusivamente participativo (como puede ser el uso de herramientas en línea para concienciar sobre algún asunto medioambiental), de aquellas otras que conllevan un nivel de implicación de mayor compromiso, trascendencia y calado, donde se ejerce un papel de liderazgo (como podría ser la organización

de protestas o manifestaciones para la defensa de una causa ambiental determinada) y otras modalidades más *light*, en las que los niveles de acción se expresan solamente en manifestaciones verbales y escritas de denuncia.

## La construcción transidentitaria del nuevo sujeto ecológico ante las narrativas virtuales

Un sujeto histórico es aquel campo de fuerza de movimientos organizados que apuntan hacia el cambio social; la noción de identidad narrativa muestra su riqueza en el hecho de aplicarse tanto a la comunidad (territorial o virtual dentro de un metaverso de redes sociales) como al individuo. Y aquí vamos a ver estos movimientos individuales o colectivos y estas distintas conceptualizaciones que tienen las diferentes disciplinas cuando miran al individuo o a la colectividad. Y podemos hablar de la identidad de una comunidad, como acabamos de hablar de un sujeto individual. Individuo o comunidad constituyen su identidad al recibir estas narrativas que se convierten para uno y otra en su historia concreta y singular. Hay, por lo tanto, en la definición de sujeto histórico tres elementos que me parece que merece la pena destacar: el político, el ideológico y el social; contrario y alternativo en esa idea de que no es un sujeto ecológico homogéneo. Y aquí la idea del momento histórico dominado por un sistema capitalista tiene mucho que aportar a esta idea de contrario frente a lo alternativo. Una segunda idea-fuerza sería: es portador de un propósito estratégico de cambio social y es portador de un proyecto de nueva sociedad en la que lo ambiental se confunde con lo económico, lo social y lo biológico. Y en estas tensiones narrativas entre la ficción y la realidad se sitúan las narraciones del pasado, ligadas a representaciones del romanticismo inocente, o filantrópicas del colectivo ambiental que hemos venido haciendo, con las que hemos tachado de lunático a los ecologistas o a todas aquellas personas que han tratado de hacer de su causa la causa, la causa ambiental. Pero también se abren hueco los nuevos formatos que adquiere el sujeto ecológico del presente en los medios virtuales y en las redes de comunicación social de esos mundos no vividos, simulados o creados de una manera muy artificial.

Las narrativas virtuales marcan, influyen y condicionan las señas de identidad del nuevo sujeto ecológico desde los modelos y procesos de revolución interactiva que promueven sin la necesidad de presencia física. El hipertexto y los nuevos medios de comunicación e interacción han transformado el elenco de adjetivaciones y apellidos con el que designamos los rasgos diferenciales de las nuevas generaciones. Ahora ya no se habla del *homo technologicus* en abstracto, sino de la generación Y, la generación Z, los nativos digitales y los sabios digitales; como variantes en tránsito urgente y continuado de una generación a otra. Y todo ello

ha de permitir que diferentes sujetos ecológicos interactúen de distinta manera y convivan con coetáneos de tipología dispar, en todas sus gamas y versiones extremas, como podrían ser aquellos que están absolutamente desinformados, aunque son capaces de captar e interpretar imágenes o información visual que les llega a través de una u otra pantalla, y aquellos que están sobreinformados y que se llaman también sabios ambientales o adictos a las pantallas.

También, surge con fuerza un nuevo sujeto ecológico de nuestro tiempo marcado por rasgos de “anti”, que niega y va a contracorriente incluso de la evidencia científico-ambiental disponible, sería el caso más dramático de negacionismo: el “zoquete ambiental”.

Las narrativas virtuales son esos relatos que construye el ciudadano de nuestro tiempo con instrumentos tecnológicos de comunicación que están a su alcance y que le otorgan unos “superpoderes”. Unos superpoderes como los antiguos chamanes, en distintos ámbitos de influencia, en distintas esferas y en múltiples dimensiones. Especialmente, lo que se refiere a impacto mediático o impacto en distinto ámbito disciplinar. No tienen estructuras lineales, no son jerárquicos, son los entornos virtuales basados en hipermedia, en hipertexto y su narrativa, bueno, están sujetos a todo lo que las posibilidades de las redes sociales brindan y desdibujan la linealidad clásica de la escritura y de la forma de contar la historia. Rompen con todo; no tienen límites geográficos ni disciplinares. Serían de esta idea de categoría *trans*, y admiten la participación y pueden ser instrumento de denuncia, pueden tener censura, pueden ser vehículo de *fake news* o de ficción. Tienen influencia, por eso se habla de *influencers* en diferentes escenas de la vida política, sanitaria, económica, del consumo; marcan modas, situando a los protagonistas en ciclos de interacción que pueden ser sincrónicos, como este que estamos teniendo en este momento, o asincrónico, donde cada uno interviene y llega a la construcción de ese relato de hipertexto en el momento en el que lo cree necesario, conveniente. Pueden ser de creación individual o colectiva y permiten construir historia, explicar acontecimientos, interpretar hechos y proyectos transformadores, explicar la realidad, influir en ella y cambiar el rumbo de determinadas intenciones o decisiones<sup>7</sup>. Por eso se dice que este tipo de identidades virtuales tienen un fuerte componente emocional, y que en ocasiones usan avatares que suplen la identidad y enmascaran en el anonimato la autoría individual de la acción en situaciones de protesta,

7 Sirva de ejemplo la votación del Brexit en Inglaterra, que ha supuesto una desmembración del Reino Unido del proyecto europeo; o bien, del mandatario Donald Trump, fruto de una trama entre *influencers* que permitió generar emociones y cambiar el sentido del voto en determinadas poblaciones bajo estudios de *marketing* muy direccionados.

reivindicación, crítica, denuncia, desobediencia civil, con todo lo positivo o negativo que pueda tener esta idea.

Hay una serie de conceptos clave en todo ello ligados a las modalidades contemporáneas de activismo y participación en un sentido de colaboración. Y el activismo tendría un sentido más de beligerancia, de denuncia, de protesta, de crítica. Y aquí es donde podríamos situar algunas de las posiciones de ciberactivismo colectivo, *hacktivismo*, activismo digital, bloguero, *influencer*, que están presentes en el campo y en el ámbito y en la vida de la EA, en las nuevas meganarraciones, en el metaverso, en la ecoesfera y en los avatares virtuales del sujeto ecológico que invaden nuestros entornos no presenciales. La nueva realidad imaginada que venimos construyendo en esa etapa de la alta energía y que está oficiada por tecnologías que incorporan artefactos y sistemas de comunicación en tiempo real, integrada en redes sociales activas, que hacen posible añadir a nuestro arsenal de información las historias electrónicas y comentarios almacenados en el entorno que nos rodea (Gutiérrez, 2010). Este es quizá uno de los cambios más significativos. Y ello se pone de manifiesto en la ecoesfera, en la ecoblogsfera, en la *ecoSecondLife*. Y nos permite, en la sociedad de la información, alquilar varias películas de contenido verde/ecológico para el fin de semana, bloguear para actualizar nuestro fichero de artefactos sostenibles y programar itinerarios virtuales en las diferentes convocatorias otoñales o primaverales, así como buscar empleo verde o programar en nuestro simulador de vida, una vivienda energéticamente sostenible, un ecojardín con planta autónoma, una eco más, una eco mascota que contribuye a la conservación de la especie y el entorno local. O, incluso, una empresa no contaminante inspirada en la filosofía de la antideslocalización.

Todo esto no es nuevo; ya viene de lejos, y está ligado a lo que actualmente llamamos *marketing* ambiental o identidades ambientales corporativas. Por ejemplo, la figura de marfil del hombre de León de la Cueva de Stadler en Alemania, con más de 32 000 años de existencia, uno de los primeros íconos de la construcción de simbología que ha retomado una marca automovilística, constituye posiblemente uno de los indicadores de identidades ambientales corporativas más ancestrales que tenemos a nuestra disposición, y un ejemplo de su capacidad de imaginación y ficción en un momento de la prehistoria. Lo anterior, bastante desligado de lo que sería el desarrollo cognitivo que tenemos en este momento o en etapa posterior.

Esto posiblemente marque el salto hacia esa idea inicial que hablábamos de entidad con presencia de lo social: identidad ambiental basada en la colectividad. Y esto es lo que nos permite hoy en día que el *marketing* y su sofisticada ingeniería hagan que nos identifiquemos con una marca porque nos permite ese

sentimiento, emociones, imaginario que obligan a una fidelidad a ella, porque está ligada a la seguridad que nos da, la conducción de ese vehículo, el bienestar, el confort o la experiencia que hemos tenido en relación con su uso. Y esto sería generalizable a cualquier ámbito de la vida del *homo consumus*. Esto está ligado también a todos los ámbitos de la publicidad y lo tenemos servido en el ámbito automovilístico... en los coches ecológicos y en toda su gama y su trama de *marketing*.

Identidades ambientales de marca institucional son aquellas que representan los valores de una institución, su misión, visión e idiosincrasia que se plasman en sus documentos corporativos, planes estratégicos y documentos declarativos. Algunas universidades, escuelas e institutos muestran explícitamente un compromiso con la formación de la identidad ambiental de sus egresados, como una marca distintiva reflejada en su saber, saber ser y saber hacer, de la que cabe esperar una seña de identidad ambiental diferencial que se proyecte en sus valores, hábitos de vida y estilos profesionales.

Identidades ambientales de marca personal son aquellas que se concentran en una persona singular con cualidades de liderazgo y que aglutina un conjunto de valores ambientales ejemplares que son idealizados en forma de mito. Y es aquí donde surge un espacio de investigación muy jugoso, interesante y necesario que han empezado a desarrollar algunas disciplinas en el campo más de la sociología ambiental, de la antropología o de la ecología de la comunicación. El ejemplo más emblemático es el fenómeno Greta Thunberg, las preguntas significativas de investigación podrían ser: ¿cuáles demonios son las claves del éxito de su liderazgo? Con todas las críticas demoledoras que incluso ha tenido, hacia su personalidad o hacia la manipulación de su imagen. Hay una frase que se ha convertido en eslogan político actual: “los políticos hablan y los líderes actúan”. Nuestra identidad investigadora es el gran reto que tendría para afrontar de alguna manera; hoy ya hay algunos trabajos sobre todo esto, que tratan de analizar las distintas iniciativas, corrientes y perfiles en los que podemos distinguir dos grupos: la corriente más ambientalista y la corriente ecologista. No sé si los nombres son los más acertados; posiblemente podrían ser sujetos a debate, crítica y análisis. Pero bueno, de alguna forma buscan parecido entre esas identidades, y tenemos el bloque de la derecha donde se sitúan más algunas entidades de corte más ligado a un ambientalismo conservacionista tipo Greenpeace, WWF. Y en el centro estaría este movimiento de Greta Thunberg. Y algunos otro más a la derecha como corriente más preocupada por otro tipo de aspecto de la vida social o política.

Todo esto es objeto de investigación. Hace apenas una década la realidad real en que investigábamos las temáticas ambientales era bien distinta a la que

vivimos ahora. Desde el ámbito de la educación le hemos entrado con menos fuerza a este tipo de temática. Sí que le hemos entrado con mucha energía a lo que es el aprendizaje virtual, a la ecología virtual, ligada a la enseñanza universitaria y al ámbito no universitario; pero, no hemos buscado vínculos con el ámbito de la sostenibilidad.

En los últimos años hemos desarrollado algunos trabajos recientes vinculados al papel de los videojuegos en la formación de la identidad ambiental (Ouariachi *et al.*, 2017a, 2017b, 2019); las redes sociales como instrumentos de identidad ambiental y *world view* (Rincón y Gutiérrez, 2022); y la formación y desarrollo profesional de profesores en plataformas virtuales (Ojeda *et al.*, 2009; Perales *et al.*, 2011), que muestran como evidencias que las narrativas virtuales promueven y generan un intercambio valioso de información, favorecen la predisposición a implicarse en experiencias innovadoras y reafirman el valor añadido que aporta el uso de la tecnología y la virtualización como instrumento complementario a la acción presencial directa; aunque, no marcan una diferencia significativa, especialmente con la presencialidad, que este es uno de los grandes debates a los que somos muy reacios los investigadores en EA. “Es que la EA debe ser presencial”, sería bueno ponerlo en duda, someterlo a contraste basado en evidencias y resultados de investigación.

Convertir las narrativas virtuales en objeto de atención sistemática desde la investigación en EA es aún algo pendiente. Otras disciplinas —la sociología virtual, la antropología virtual, las ciencias de la comunicación y de la documentación— sí que han reaccionado para atender ese objeto de estudio y están aportando investigación muy suculenta, que deberíamos considerar porque nos ayudaría a abrir el espacio de trabajo en el que estamos. Algunas cuestiones de fondo que pueden orientar la agenda de investigación de esta línea podrían estar sujetas a encontrar respuestas operativas a algunas de las siguientes preguntas:

- ¿Se puede hacer EA no presencial?
- ¿Usan los educadores ambientalmente los medios tecnológicos virtuales a su alcance?
- ¿Son los sujetos históricos de hoy, ciudadanos capaces de promover cambios en su realidad ambiental desde la acción virtual? ¿Está suficientemente cualificado y formado el educador ambiental de nuestra época para formar a estos ciudadanos y responder a esta demanda?
- ¿Qué sujeto ecológico construimos desde la no presencialidad y cuáles son las señas distintivas de su identidad?

- ¿Hay corrientes de resistencia de bajo voltaje que obstaculizan y entorpecen esta vía de innovación y desarrollo profesional acompañada al devenir de nuestro tiempo?
- ¿Cómo hacer compatible estos nuevos mundos virtuales, esta nueva narrativa con las demandas de un sujeto ecológico modernizado, no atemporal, de nueva generación, que sea capaz de integrar los nuevos cánones del ciberactivismo, de la participación ambiental, de la acción coordinada desde el desarrollo profesional, desde ese avatar virtual que ya todos hemos ido construyendo de una manera forzada o acelerada en este último año, de estos estándares narrativos no lineales que nos brinda la pluralidad de medios a nuestro alcance?

Retomando la idea bipolar de alto voltaje y baja definición, la incógnita a despejar es si no estaremos trampeando el presente al construir un sujeto ecológico trasnochado y pegado al campo y aferrado a la experiencia física, natural y real del *Australopithecus* si ignoramos las herramientas virtuales y el metaverso que nos abren las redes sociales. No es un dilema trivial para la investigación, al que se ha dedicado poco esfuerzo. Algunos estudios actuales reivindican desde la teoría del déficit de la naturaleza un mayor contacto con el medio natural, como variable imprescindible en la construcción de una identidad ambiental integral.

Concluimos con tres preguntas:

- ¿No estaremos cayendo en la nueva miopía ante otro de los grandes espejismos del campo al negar las coordenadas del presente virtual en el que vivimos y nos eternizamos cada vez más?
- ¿Qué vuelta de tuerca hemos de darle a la alta definición tecnológica para ponerla al servicio de la sostenibilidad?
- ¿Tiene algo que hacer y decir la EA más allá del currículum idiotizado, aparentemente neutral ante los conflictos vitales y cruciales que nos estrangulan y atormentan en forma de crisis ambiental, de pandemia de gestores inútiles, de catástrofe asociada a causas naturales?

## Referencias

- Alisat, S. y Riemer, M. (2015). The environmental action scale: development and psychometric evaluation. *Journal of Environmental Psychology*, 43, 13-23.
- Bauman, Z. (2006). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bolívar, A. (2007). La formación inicial del profesorado de secundaria y su identidad profesional. *Estudios sobre Educación*, 12, 13-30.

- Carmona-Moya, B., Benítez, I. y Aguilar-Luzón, M. d. C. (2019). Propiedades psicométricas de la versión española de la Escala de Acción Colectiva Ambiental (EACA). *International Journal of Social Psychology*, 34(2), 268-280.
- Carmona-Moya, B., Calvo-Salguero, A. y Aguilar-Luzón, M. d. C. (2021). EIMECA: a proposal for a model of environmental collective action. *Sustainability*, 13, 5935.
- Clayton, S. (2003). Environmental identity: a conceptual and an operational definition. En S. Clayton y S. Opatow (Eds.), *Identity and the Natural Environment: The Psychological Significance of Nature* (pp. 45-65). MIT Press.
- De Moor, J., Uba, K., Wahlström, M., Wennerhag, M. y De Vydt, M. (cords.). (2020). *Protest for a future II: composition, mobilization and motives of the participants in Fridays For Future climate protests on 20-27 September, 2019, in 19 cities around the world*. Swedish Research Council for Sustainable Development.
- De Moura, I. C. (2006). *La invención ecológica. Narraciones y trayectorias de la educación ambiental en Brasil*. Universidad Iberoamericana de Puebla.
- Della Porta, D. (ed.). (2007). *The Global Justice Movement: Cross-National and Transnational Perspectives*. Routledge.
- Devine-Wright, P. y Batel, S. (2017). My neighbourhood, my country or my planet? The influence of multiple place attachments and climate change concern on social acceptance of energy infrastructure. *Global Environmental Change*, 47, 110-120.
- Gallay, E., Pykett, A. y Flanagan, C. (2021). "We Make Our Community": Youth Forging Environmental Identities in Urban Landscapes. *Sustainability*, 13, 7736. <https://doi.org/10.3390/su13147736>
- Gravante, T. (2015). Interconnections between anarchist practices and grassroots struggles. *Interface: a Journal for and about Social Movements*, 7(1), 247-255.
- Gravante, T. (2019). Prácticas emergentes de activismo alimentario en la Ciudad de México. *Iberoforum, Revista de Ciencias Sociales*, 14(28), 105-125.
- Gutiérrez, J. (2010). Narrativas virtuales para la reconstrucción del sujeto ecológico de nuestro tiempo. *Revista Polis*, 27, 1-19.
- Gutiérrez, J. (2011). Educación ambiental de alta definición y bajo voltaje. En S. Sucar (Ed.), *Visiones iberoamericanas de la educación ambiental en México. Memorias del Foro Tibilisi+31* (pp. 201-246). Universidad de Guanajuato.

- Harari, Y. (2019). *21 lecciones para el siglo XXI*. Debate.
- Ojeda, F., Gutiérrez, J. y Perales, F. J. (2009). ¿Qué herramientas proporcionan las TIC a la educación ambiental? *Revista Eureka sobre Enseñanza y Divulgación de las Ciencias*, 6, 318-344.
- Ouariachi, T., Olvera, D. y Gutiérrez, J. (2017a). Evaluación de juegos online para la enseñanza y aprendizaje del cambio climático. *Enseñanza de las Ciencias*, 35(1), 193-214.
- Ouariachi, T., Olvera, D. y Gutiérrez, J. (2019). A framework for climate change engagement through video games. *Environmental Education Research*, 25(5), 701-716.
- Perales, F. J., Ojeda, F. y Gutiérrez, J. (2011). Diseño, fundamentación y validación de un programa virtual colaborativo en educación ambiental. *Enseñanza de las Ciencias*, 29(1), 127-146.
- Poma, A. y Gravante, T. (2018). Emociones, identidad colectiva y estrategias en los conflictos socioambientales, *Andamios. Revista de Investigación Social*, 15(36), 287-309.
- Poma, A. y Gravante, T. (2020). La nueva ola de activismo climático en México. Un primer diagnóstico. En A. Poma y T. Gravante (Coords.), *Generando conciencia sobre el cambio climático*. Instituto de Investigaciones Sociales-Unam.
- Reyes, P. M. (2020). Una experiencia de comunicación acerca del cambio climático a través de ciberactivismo durante el COVID: el caso de Fridays For Future Salamanca. *Comunicación y Métodos*, 2(2), 118-133.
- Rincón, D. y Gutiérrez, J. (2022). Análisis de contenido del discurso de la COP23 en Twitter. En P. A. Meira, M. L. Iglesias, M. del C. Morán, G. Vargas y M. Arto (Coords.), *A educación para o cambio climático no sistema educativo* (pp. 495-516). Aldine Editorial.
- Rodríguez, M. L. (2006). La problemática del sujeto histórico. *Paradigmas*. <http://paradygmes.unblog.fr/2006/07/24/la-problematika-del-sujeto-historico/>